

ma extremidad. Esperaba no obstante Carlos recibir algunas subsistencias por mar; pero aunque Andrés Doria había entre tanto tomado á Tolon, hallábase su flota detenida por contrarios vientos. No sabiendo ya qué hacer de sus tropas, tentó dar un golpe decisivo sobre Aviñon, mas hubo de desistir en vista de haberle representado impracticable la empresa los oficiales que envió á reconocer el terreno. Entonces el emperador avanzó sobre Marsella, mientras el marqués del Vasto verificaba sobre Arlés, esperando que los franceses dejarían su fuerte posición para acudir al socorro de las dos plazas. En todo se engañó esta vez Carlos; Montmorency permaneció como inmutable; las guarniciones de Arlés y Marsella los rechazaron vigorosamente, y después de haber intentado un segundo esfuerzo contra Aviñon, tan infructuoso como el primero, se vió obligado á retirarse de Francia sin gloria, y sin otro fruto de tan inmensos preparativos que haber malgastado dos meses y muchos recursos en una empresa temeraria, y haber perdido la mitad de sus soldados, víctimas del calor, del hambre y de las enfermedades (1).

En esta malhadada expedición murió el que mas parte en ella había tenido, el famoso general Antonio de Leiva, príncipe de Ascoli, el héroe de Pavia, gobernador de Milan después de la muerte del duque Francisco Sforza, y cuyas hazañas le hicieron digno de ser colocado entre los mas insignes capitanes de su siglo (2). Esta muerte, que sintió amargamente el emperador, fué una de las causas que le decidieron mas á acelerar su retirada (octubre, 1536). También pereció en esta desastrosa campaña el esclarecido poeta Garcilaso de la Vega en el acto de asaltar la torre de Muey á la salida de Provenza, bien que los imperiales se vengaran cumplidamente de sus matadores, no dejando uno solo con vida (3).

También el monarca y el pueblo francés tuvieron que lamentar durante esta campaña la pérdida del delfín, príncipe muy querido por sus prendas, que murió, como Felipe I de España, de haber bebido immoderadamente agua después de un ejercicio muy violento. La maledicencia supuso haber sido envenenado, y de esta suposición fué víctima el noble italiano conde de Montecuculi, sumiller de la casa del delfín, á quien inhumanamente dieron tormento y despedazaron. Con malicia harta refinada se hicieron también recaer sospechas sobre los generales del emperador. Mas sobre no haberse podido aducir prueba de ninguna especie, ni el emperador ni sus generales habían usado jamás de tan abominables artificios, ni tenían el menor interés en la muerte del delfín, puesto que quedaban al rey de Francia otros dos hijos en edad de sucederle: y en el caso de haberse verificado el envenenamiento, con mas verosimilitud se hubiera podido inculpar, como apuntan los historiadores, á la ambiciosa y altiva Catalina de Médicis, esposa del duque de Orleans, su segundo hermano, en quien recaía la sucesión al trono.

De las otras dos invasiones, la de los alemanes por Champaña no se había realizado. La de los flamencos por Picardía al mando del conde de Nassau fué tan adelante, que puso en alarma á la nobleza y al pueblo de Paris. Nobles y pueblo acudieron en masa á atajar los progresos de los de Flandes, y obligaron al de Nassau á levantar el sitio que tenía puesto á Peronne, y á pronunciarse en retirada á los Países Bajos, casi al mismo tiempo que el emperador retrocedía á Italia por el mismo camino que había llevado hacia algunos años el marqués de Pescara de regreso de otra expedición tan poco venturosa como esta. Dejó Carlos un tercio de infantería española en Niza, encomendó el gobierno de Lombardia al marqués del Vasto, pasó á Génova, donde se detuvo por falta de salud algunos días, y de allí dió la vuelta á Barcelona (noviembre, 1536), entrando en España con los laureles de Túnez

(1) Du Bellay, *Memoir*, p. 316.—Sandoval, *Hist.*, lib. XXIII.

(2) Leiva murió de enfermedad, no en acción de guerra. Hacia largo tiempo que la gota le inutilizaba con frecuencia piernas y brazos, y muchas veces se había hecho conducir á las batallas en andas ó en silla de manos. Fué uno de los hombres mas ricos de su época, y dejó á su hija cerca de 200,000 ducados, (que fué, dice Sandoval, el primer gran dote sin mayorazgo de aquellos tiempos en España.)

(3) El poeta toledano recibió una pedrada en la cabeza, de la cual no murió en el acto, sino en Niza, donde le llevaron á curar.

un poco marchitos, por su temerario empeño en haberlos pasado por Francia (4).

Había deseado siempre el papa Paulo III ser medianero de paz entre Carlos y Francisco, y ahora mediaron proposiciones, tratos y contestaciones encaminadas á este fin entre el pontífice y el emperador. Mas como el jefe de la Iglesia no pudiese lograr que modificara Carlos algunas de las condiciones que exigía, y que le parecían inadmisibles por el monarca francés, no pudo Su Santidad llevar á feliz término esta buena obra, por mas que para obligar al monarca español le decía que él estaba determinado á unirse á aquel que mas en lo razonable se pudiese. Pero lejos de ponerse ni el uno ni el otro en lo razonable, cada uno de los dos soberanos parecía andar discurriendo la manera de eternizar sus odios y sus guerras. El parlamento de Paris, con asistencia del rey Francisco y de los príncipes de la real familia, acusó muy formalmente á Carlos de Austria de haber faltado al vasallaje que por la posesión de los condados de Flandes y de Artois debía á la corona de Francia, y por consecuencia, de haber obrado como súbdito rebelde: se le mandó comparecer ante el parlamento como ante el juez competente, y como Carlos no compareciese ni por sí ni por apoderado, se procedió á la vana y ridícula demostración de condenarle en rebeldía (1537), de declarar confiscados sus feudos de Flandes y Artois, y de publicar la sentencia á son de trompetas (5).

En su virtud, y como en cumplimiento y ejecución de la sentencia, y para tomar posesión de los dominios que por ella se adjudicaban á la corona de Francia, marchó el monarca francés con ejército á la frontera de Flandes, donde se movió una guerra formal, á la cual asistieron personalmente el rey, el duque de Orleans, ya delfín por la muerte de su hermano, y el mariscal de Montmorency, nombrado condestable por sus servicios en la anterior campaña. Ya aquella guerra llevaba destruidas algunas provincias de ambos Estados, cuando por fortuna interpusieron sus buenos oficios en favor de la paz dos reinas hermanas, la de Francia y la de Hungría, hermanas ambas del emperador, y consiguieron que por lo menos se firmara una tregua de diez meses (31 de julio, 1537), si bien limitada solo á los Países Bajos.

Porque al mismo tiempo seguía ardiendo otra guerra en el Piamonte entre los ejércitos de Carlos y de Francisco; que en todos los campos median sus fuerzas, agotándose estas primero que sus rencores. También aquí intervinieron las dos reinas, no queriendo dejar incompleta su obra; é instando la una á su hermano Carlos, la otra á su esposo Francisco, y ambas á los dos soberanos, ayudadas también del romano pontífice, siempre neutral, y siempre deseoso de templar las iras de los dos rivales, redujéronlos al fin á concertar una tregua de tres meses en el Piamonte (1538), quedándose cada uno de los dos monarcas con las plazas y territorios que á la sazón poseía, hasta que sus respectivos plenipotenciarios arreglasen un convenio definitivo, para el cual por cierto se suscitaron cuestiones que los obligaron á prolongar la tregua hasta el año siguiente (6).

(4) Paulo Jovio, *Hist.*, lib. XXXV.—Du Bellay, *Memoires*.—Sandoval, *Hist.* de Carlos V, lib. XXIII.—Robertson, *Hist.* de Carlos V, I. VI.—Vera y Zúñiga, *Vida de Carlos V*.

(5) Colección de documentos para la historia de Francia, hecha de orden del rey.—Cartas y memorias de Estado, por Ribier, tom. II.

(6) Fueron los comisionados para tratar de este concierto, por parte del emperador el señor de Granvela y el secretario Francisco de los Cobos, comendador mayor, y por parte del rey de Francia el cardenal de Lorena y el condestable Montmorency.

Hizo el marqués del Vasto en esta ocasión una acción muy propia de su noble y elevado carácter, y el rey Francisco le correspondió con otra muy propia de su genio galante y caballeresco. Luego que se acordó el armisticio, el marqués quiso hacer una visita al rey de Francia, que se hallaba alojado cerca de Carmagnola, y al mismo tiempo mostrarle cuán lucida gente servía bajo sus órdenes al emperador. Dirigióse, pues, á la tienda del rey Francisco, acompañado de un brillante cortejo de caballeros españoles, todos vestidos de gran gala y con muchas cadenas y collares de oro. El rey-caballero, al acercarse el marqués, mandó hacer una salva á toda su artillería, colocó al caudillo imperial entre él y el delfín su hijo; los capitanes españoles fueron igualmente honrados por los franceses; el rey y el marqués departieron largamente sobre la tregua y sobre los límites que

Y no eran solo las guerras de Flandes y del Piamonte las que en este tiempo traían enredados á los poderosos y rivales monarcas. Con sentimiento y extrañeza, y aun con escándalo de la cristiandad, el rey cristianísimo había provocado y ayudado al sultán de Turquía á combatir al rey católico. Ya hemos indicado las inteligencias no muy secretas en que Francisco I de Francia andaba hacia tiempo con Soliman de Turquía. Pues bien; cuando Barbaroja se vió vencido y arrojado de Túnez por el emperador y ahuyentado de Bona por la armada de Andrés Doria, el infatigable corsario armó todavía en Argel una flota de treinta y cinco galeras y algunas fustas, enarboló en ellas banderas cristianas, y tomando rumbo á las islas Baleares, arribó al puerto de Mahon, cuyos habitantes, creyendo que eran las naves españolas que volvían victoriosas de Túnez, las saludaron con salvas de artillería, echaron al vuelo las campanas en señal de regocijo y se disponían á abrazar alegremente á sus hermanos. Todo aquel entusiasmo se trocó súbitamente en espanto y tristeza, cuando una casualidad les hizo saber que quien tenían delante era el terrible Barbaroja con dos mil quinientos turcos. Corta y escasa la población para resistir á los ataques que muy pronto le comenzó á dar el famoso pirata, y aportillada ya la cerca por su artillería, los desgraciados mahoneses tuvieron que darse á partido: entró Barbaroja en la ciudad, saqueóla á su sabor, no dejando ni aun cerrojos en las puertas, hizo mas de ochocientos cautivos, y con esta presa se reembarcó para Constantinopla á presentársela al sultán, y á mostrarle que si había sido desgraciado en Túnez, aun no le faltaba arrojo para acometer empresas (fines de 1536).

Acogióle con mucha alegría el turco, y aceptó con tanto mas placer los servicios que volvió á ofrecerle Barbaroja, cuanto que en aquella ocasión andaban instando á Soliman á que declarara la guerra al emperador y rey de España. Los que tales instancias le hacían eran un desterrado de Nápoles llamado Troylo Pignatelli, y muy especialmente un enviado del rey de Francia nombrado Laforet, el cual hacia tiempo que le aconsejaba de parte de su amo que abandonara la guerra de Persia, pues le sería mas ventajoso hacerla al emperador en Italia por mar, mientras el rey Francisco la hacia por tierra en Flandes y Lombardia, siendo imposible que de este modo pudiera el emperador resistirles. ¡A tal punto llevaba el francés su despecho, y á tal extremo le arrastraba su encono y su afán de destruir á Carlos! A la provocación del embajador francés se agregaron las excitaciones de Barbaroja en el propio sentido, y todas juntas decidieron á Soliman á enviar todas sus naves y todos sus guerreros contra el emperador. En su consecuencia una inmensa armada turca, de cerca de cuatrocientas velas, con doscientos mil hombres y muchos centenares de cañones de todos calibres, se encaminó, parte amagando primeramente á Hungría, parte derechamente á las costas de Italia con Barbaroja y Pignatelli (1537).

Felizmente para Italia y para la cristiandad entera, el éxito de tan formidable aparato bélico estuvo lejos de corresponder á las esperanzas que habían hecho concebir al gran turco sus instigadores. Porque ni el rey Francisco pudo ejecutar por su parte lo que había prometido en el Piamonte y el Milanésado, ni los de la Pulla y Calabria se movieron en contra del emperador á la aproximación de los turcos, según al sultán se lo había asegurado. Y por otra parte, el virey de Nápoles proveyó bien los castillos de aquel reino, el pontífice mismo levantó un ejército y una flota en defensa de sus dominios y de la causa cristiana, y el ilustre marino genovés Andrea Doria acudió presuroso con sus galeras, y ayudado de las naves pontificias y venecianas, con su acostumbrada inteligencia y arrojo combatió y destruyó unas galeras turcas, é intimidó y ahuyentó otra vez al mismo Barbaroja; de modo que tanto el terrible corsario como el poderoso sultán creyeron mas conveniente emplear la armada turca contra Venecia, que seguir luchando contra el emperador. Así fué como la desgraciada Italia se preservó, después de tantas calamidades como ya

se habían de señalar en el Piamonte, y despidiéndose afectuosamente, el del Vasto se volvió á Milan, y el rey Francisco regresó á Francia por los Alpes.—Sandoval, lib. XXIII, núm. 27.

había sufrido, de ser presa del furor mahometano; y de haberlo sido Italia, no sabemos en qué trance hubiera puesto á todas las naciones cristianas la ambición, el encono y la ceguedad indisculpable del monarca francés.

Como en este tiempo anduvieran las dos reinas de Francia y de Hungría negociando la tregua de que hemos hecho mérito, moviéronse los dos reyes á aceptarla; Carlos, porque no quería exponer sus Estados de Italia á nuevos riesgos si el turco y el francés continuaban confederados, ya que una vez los había salvado un concurso de felices casualidades; y Francisco, porque temía disgustar á sus mismos vasallos, si se obstinaba en seguir aliado de los infieles, y aumentando su poder contra los deberes, y contra el decoro y dignidad de un rey cristianísimo. El pontífice mostró el mayor interés é hizo los mayores esfuerzos por reconciliar á los dos competidores, ya por la conveniencia de que entrara el monarca francés en la confederación que tenía ya hecha con el emperador y Venecia á intento de quebrantar el poder formidable del turco, ya para ver de atajar los progresos de la reforma luterana que iba contaminando casi todas las naciones. Mezclábase también algo de interés mundano, que era el engrandecimiento de su casa por medio de los ventajosos enlaces que de aquella paz se prometía para sus dos nietos, Octavio y Victoria Farnesio.

Quiso además el papa que se viesen ambos soberanos en Niza, ciudad del duque de Saboya, donde él se les reuniría también, para tratar definitivamente de paz. Acudieron todos tres al punto de reunión, mas nunca se vieron los tres juntos. Aposentados, el pontífice en Niza, el emperador en Villafranca, y el rey de Francia en Villanova, Carlos y Francisco iban alternativamente á visitar al papa y á conferenciar con él, mas cuidando de no encontrarse, por consideraciones, respetos y etiquetas que se quisieron guardar. Logró no obstante el pontífice hacerlos convenir en una tregua de diez años, la cual firmaron (18 de junio, 1538), por parte del emperador el marqués de Aguilar, el secretario don Francisco de los Cobos, y el señor de Granvela, y por la del rey de Francia el cardenal de Lorena y el condestable Montmorency. En celebridad de estas paces se hicieron grandes regocijos, fiestas y procesiones solemnes en los dos reinos de Francia y España (1).

Pasados algunos días, al regresar ya á España el emperador recibió una invitación de Francisco, en que le rogaba se viese con él en el puerto de Aguas-Muertas, donde holgaría mucho de recibirle. Accedió Carlos á ello y se dirigió al punto indicado. Tan pronto como Francisco divisó la galera imperial despachó al condestable á decir al emperador que pronto tendría el placer de visitarle en su misma nave. Y en efecto, aunque Carlos le envió sus ministros suplicándole se ahorrase aquella molestia, estos encontraron ya al monarca francés que acompañado de algunos personajes iba en una barca, y sin querer detenerse arribó á la galera, á la cual le ayudó á subir el emperador con su mano (15 de julio, 1538). Abrazáronse al parecer con la mayor cordialidad al cabo de veinte años de sangrientas y casi continuas guerras aquellos dos soberanos á quienes poco tiempo hacia se miraba como enemigos implacables. Departieron amistosamente cerca de dos horas, y al despedirse el rey manifestó al emperador la gran satisfacción que tendría en que quisiese ir á tierra, y la que recibirían también la reina su hermana y los príncipes y princesas. Carlos, después de haber vacilado un poco, creyó que no debía ceder á su antiguo rival en generosidad y confianza, y determinó ir á la población con algunos de su corte. Las demostraciones de placer y de amistad de que allí fué objeto el emperador por parte del rey, de la reina, del delfín, de las princesas y personajes franceses, exceden á todo encarecimiento, y debieron sin duda maravillar á los mismos monarcas que tan sin piedad hasta entonces se habían tratado, y tantas injurias y agravios se habían hecho mutuamente. Pero es lo cierto, por mas extraño que parezca que así tan de repente pasaran del extremo de la enemistad y el aborrecimiento al de la mas

(1) Dumont, *Corp. Diplom.* II.—Rimer, *Fœder.*—Colección de Tratados, t. II.—Tiepolo, *Relazione dell'Abocamento di Niza*.—Sandoval, *Historia*, lib. XXIV, núm. 2.

afectuosa amistad y de la mas ilimitada y caballerosa confianza, que en los dias que duró la entrevista de Aguas-Muertas no hubo de una y otra parte sino muestras del mas entrañable y cordial cariño, continuando hasta el momento de despedirse para volver Carlos á su galera y venirse á España (1).

(1) Ribier, *Lettres et Memoires d'Etat*.—Relation de l'entrevue de Charles V et de François I.—Sandoval, lib. XXIV, núm. 2.

Tenemos á la vista una extensa carta del emperador al marqués de Aguilar (copiada por nosotros del archivo de Simancas, Negociado de Estado, leg. núm. 867), en que le refiere minuciosamente todo lo que pasó en la célebre entrevista de Aguas-Muertas. Daremos á conocer algunos de sus párrafos mas curiosos, siquiera por el gusto de oír la narracion como de boca del emperador mismo.

«Despues que á los cuatro del presente nos embarcamos en Génova como visteis, habemos siempre estado en mar navegando la mayor parte del tiempo con vientos contrarios, y algunas veces tan recios, que era imposible pasar adelante; de manera, que haciendo lo último de diligencia y esfuerzo, llegamos el domingo pasado que se contaron quince de este al puerto de Aguas Muertas, por donde habemos hecho nuestro viaje por causa de vernos con el cristianísimo rey de Francia nuestro hermano...

»No fué sin dificultad y peligro nuestra llegada al dicho puerto de Aguas Muertas, porque como haciendo diligencia por pasar adelante partiésemos de las pomegas de Marsella el sábado á la tarde trece del presente, la noche sobrevino tan oscura y cerrada de nieblas espesas, que la mayor parte de las galeras no se viendo las unas á las otras, se hubieron de dividir, y la galera en que Nos veníamos, por el poco fondo que hay en aquellas marinas, encalló y quedó en tierra, y en el mismo instante la investió por la popa otra que la seguía sin podello excusar: pero en fin, con ayuda de Nuestro Señor, todo sucedió bien, y llegamos al dicho puerto el domingo siguiente despues de medio dia, y luego vino á visitarnos el condestable de Francia, que era venido delante y estaba ya allí dos ó tres dias habia bien acompañado de personas principales, tornándonos á confirmar y haciendo de nuevo los ofrecimientos hechos por los otros ministros del rey con la demostracion y certificación de buen ánimo y amor de su rey, el cual aun no era llegado al lugar de Aguas Muertas, porque esperaba nuestra venida en un castillo que estaba cerca con la reina, y el dicho condestable nos dijo que quería y habia de venir á Nos y entrar en nuestra galera confidentemente; y luego enviamos al duque de Alba, comendador mayor de Leon, y señor de Granvela, para visitarle de nuestra parte en la villa, que es léjos del puerto mas de una legua, y habia de venir aquella tarde sabiendo nuestra llegada; pero se adelantó con tal diligencia, que ellos le encontraron ya á la entrada del puerto, que se viene por un rio, el cual venia en seis barcas muy bien aderezadas y acompañado de príncipes y personas de Estado, y habiendo entendido la ida y comision de los dichos nuestros ministros, en breves palabras segund se pudo hacer de una barca á otra, pasó sin detenerse, mostrando grandeza de vernos, y no paró hasta llegar á nuestra galera, en la cual entró, y Nos rescibimos y comunicamos con demostracion de muy grande amistad, alegría y contentamiento, como á la verdad lo habia en la una y en la otra parte; y despues de haber estado y hablado juntos cerca de dos horas, que se pasaron en palabras graciosas y certificatorias de la voluntad de cada uno y de ser y quedar verdaderos amigos sin hablar ni tratar de otras particularidades, remitiendo la declaracion de las que fuesen necesarias á nuestros ministros, y que agora aquellas se determinasen ó no, por esto ni por otra cosa no haya mudanza en esta nuestra amistad, y con esto se partió el dicho rey de Francia de Nos, mostrando muy gran deseo y que le sería gran satisfaccion que quisiese ir al lugar, pero con modestia y sin apretarnos, sino con dulces y graciosas palabras, diciendo que la reina mi hermana y las damas me lo rogarian tan eficazmente, que no se sufriría en cortesia ni buena crianza rehusarlo; y aunque por entonces no nos resolvimos en ello, despues habiendo considerado la buena voluntad que el dicho rey habia mostrado, y la confianza que usó con Nos, y el bien que se podría seguir de esta vista y el sentimiento de lo contrario si no correspondíamos á la confianza que hizo el dicho rey; y habiendo respecto á lo que nos envió á pedir y rogar la reina nuestra hermana, nos determinamos en ir al lugar el lunes por la mañana, como lo hicimos, y llegamos cerca de las diez horas, y llegando á la lengua del agua y fin del canal que se extiende hasta la puerta de Aguas Muertas, hallamos fuera de la dicha puerta al rey, á la reina, al delphin y duque de Orlens, y todos los príncipes, grandes, princesas y damas que siguen la corte del rey, y fúimos recibidos con gran humanidad y con mayor demostracion de amistad que el rey habia hecho el dia antes, y con muy gran alegría y placer de todos los que allí estaban de la una y de la otra parte; y sería cosa muy larga y dificultosa querer declarar particularmente y por menudo el buen tratamiento que nos ha sido hecho, las honestas y cordiales palabras que el dicho rey, la reina nuestra hermana y Nos habemos pa-

Tal fué el resultado de la campaña de Francia. De ella salió mucho mas ganancioso Francisco que Carlos. Este, embriagado con sus triunfos de Africa, la acometió con jactancia contra el dictamen de sus generales, y en el escarmiento llevó el premio de la presuncion: aquel acreditó segunda vez que si fuera de su reino solia ser vencido, sabia mantener la integridad de su territorio contra el poder imperial. Pero la gloria que ganó Francisco como defensor de sus Estados, la perdió con la abominable alianza que por vengarse de su rival hizo con el gran turco. El tratado de Niza fué ventajoso al rey de Francia, puesto que le dejó en posesion de los dominios que habia ganado en Saboya, y el duque de Saboya se quejaba con razon de haber sido sacrificado á la conveniencia de la reconciliacion de dos poderosos rivales, y de haber sido abandonado por quien debiera ser su protector, siendo su deudo y amigo. El papa adquirió el honroso titulo de pacificador, y logró además el engrandecimiento de su familia que se habia propuesto (2).

Parecía que Europa debia esperar largos años de reposo de resultas de la tregua de Niza y de la célebre y afectuosa entrevista de Carlos y Francisco en Aguas-Muertas. Por desgracia no fué así, y la historia nos enseñará cuán llena estuvo de contradicciones la vida y la política de aquellos dos belicosos monarcas.

sado privada y familiarmente, que sin duda no podrá ser con mayor demostracion de perfecta amistad, entrañable y cordial afecion y buena voluntad del dicho rey, y singular placer y contentamiento de haber Nos hecho esta confianza de venir á él; y Nos, en todo lo que nos ha sido posible, le habemos correspondido y satisfecho por nuestra parte, y claramente se ha comprendido que sin esta confianza, y vernos y hablarnos como se ha hecho, fuera imposible poder jamás reconciliarnos ni hacer amigos como lo quedamos.

»Lo que mas entre el dicho rey y Nos ha pasado en substancia, es persistir y quedar perpetuamente verdaderos y buenos hermanos, aliados y amigos, y no creer, procurar ni hacer ninguna cosa, donde quiera que sea, el uno en perjuicio del otro; procurar la honra y beneficio el uno del otro respetuosamente entre Nos, que los que son amigos y servidores del uno lo sean del otro, y no puedan quedar ni estar de otra manera, y que nos avisaremos confidente, llana y abiertamente de todo lo que subeidiere, y con comun consejo y con tanta sinceridad entenderemos en el remedio de los negocios públicos de la cristiandad.

»Asimismo se plató en términos generales de la parte del dicho señor rey de hacer alianza de casamiento entre nosotros, sin venir á ninguna particularidad, y con protestacion que, agora se encaminen y concierten ó no, la dicha nuestra amistad quedará siempre firme y entera, y habemos bien entendido que el dicho rey y sus ministros han dejado de particularizar esto porque no pueda parecer que estando con ellos lo quisieren tratar á su ventaja, y que solamente lo han querido tocar para mostrar la afecion que tienen de extender esta amistad no solamente entre Nos, mas entre nuestros hijos y descendientes y los del rey de romanos nuestro hermano...

»Finalmente habiendo estado juntos todo el dicho día lunes, y dormido aquella noche, y otro dia hasta despues de comer en la tarde, nos volvimos á la galera y el dicho cristianísimo rey, el delphin y duque de Orlens y el señor de... nos acompañaron hasta dejarnos en ella, y vinieron con él todos los príncipes y grandes y personas principales de su corte, en lo cual, demás de la buena y cordial afecion que ha mostrado, no podía hacer de Nos mayor confianza, por donde mas se puede esperar que Dios que ha querido y encaminado esta tan buena obra será servido que la cristiandad resciba beneficios, y nuestros reynos, tierras y vasallos, reposo y tranquilidad, y se evitaren los inconvenientes y daños que han sucedido de las guerras pasadas. Dareis razon á Su Santidad de lo que ha pasado en esta vista, y de la paz y buena amistad en que quedamos con el cristianísimo rey de Francia, y de la buena voluntad que muestra para lo del turco, hablando en ese punto con desteridad, de manera que no se dé ocasion de juzgar mal del rey de Francia por causa de la tregua que tiene con el turco, que aun dura por seis ó siete meses, porque no queremos, como es razon, que por nuestra parte se publique cosa que no le esté bien, y podría ser fuera de su voluntad, y entenderéis cómo toman ahí esta paz y lo que sienten de ella, y avisarnos heis de todo lo que hubiere que decir.»

(2) Consintió el emperador en casar su hija natural Margarita de Austria, viuda de Alejandro de Médicis, con el nieto del papa, Octavio Farnesio, dando á su yerno grandes honores y posesiones cuantiosas.

CAPÍTULO XXI

Situacion económica del reino.—Córtes

DE 1535 Á 1539

Gastos inmensos que ocasionaban estas guerras.—Penurias y apuro de numerario que pasaba el emperador.—Pide desde Italia recursos á los aragoneses: respuesta dilatoria de estos.—Viene á España.—Córtes de Valladolid: peticiones.—Córtes generales de la corona de Aragon.—Expone en ellas sus grandes necesidades y deudas.—Servicio que le otorgan los tres reinos.—Rebelion y excesos del ejército de Milan por falta de pagas.—Motin de la guarnicion de la Goleta por lo mismo.—Medidas crueles contra los amotinados.—Célebres córtes de Toledo.—Triste pintura que hace el emperador del estado de las rentas de la Corona.—Pide un servicio extraordinario: la sisa.—Niégasele el estamento de próceres.—Insistencia del monarca.—Firmeza de los grandes.—Vigoroso y enérgico discurso de oposicion del condestable de Castilla.—Lo que la nobleza pedía al rey como remedio á los males del Estado.—Disuelve el emperador bruscamente las córtes.—Mendiga recursos á las ciudades.—Anécdota curiosa y significativa.—Diálogo entre Carlos V y un labriego castellano.—Verdades que este le dijo.—Espíritu y opinion del pueblo.—Muerte de la emperatriz.—Sentimiento del reino.

La acumulacion de tan dilatados, remotos y esparcidos dominios, la dificultad de su conservacion, la necesidad y el afan de guerrear en todas partes y de mantener en pié numerosos ejércitos, tantas y tan gigantescas empresas, y el ostentoso aparato del emperador y de su corte, necesariamente habian de ocasionar dispendios que no alcanzaban á sufragar ni las rentas de la corona, ni los sacrificios de los pueblos, ni los arroyos de oro que vinieran del Nuevo Mundo. La expedicion de Africa habia consumido tesoros: los subsidios de Nápoles y de Sicilia no bastaban para el preciso mantenimiento de las tropas, á las cuales se debian atrasos considerables; y todavia el emperador, recién llegado de Túnez y amenazado por la Francia, pensaba en nuevas conquistas, y proyectaba marchar sobre Argel para vengar el insulto de Barbaroja en Mahon, á cuyo fin escribia desde Italia á la ciudad de Zaragoza y al virey de Aragon, duque de Alburquerque (octubre, 1535), para que juntasen los brazos del reino, y les pidiesen en su nombre la mayor cantidad de dinero posible (1). Porque su recurso era la España, y España era la que llevaba el peso de tantas guerras.

Como los aragoneses, siempre celosos de sus fueros, contestasen que en Aragon no se podía otorgar servicio sino en córtes, insistió el emperador desde Nápoles con su virey (17 de enero, 1536) en que viese de cobrar el servicio, «sin esperar ceremonias ni solemnidades de córtes; porque el caso (decia) no sufre tal dilacion.» Otra vez, no obstante, respondieron los de Aragon, que las leyes del reino no permitian dar subsidios si no eran pedidos en córtes; y el servicio, á pesar de las instancias y del empeño del César, no fué por entonces otorgado.

De vuelta de la desastrosa guerra de Francia (1537), su primer cuidado fué celebrar córtes de Castilla en Valladolid para ver de obtener algunos recursos. Los castellanos, que nunca han llevado á bien que sus monarcas se ausenten y alejen del reino, rogáronle, y fué su primera peticion, que se sirviese residir siempre en él, y no expusiera su persona á tantos riesgos y peligros como hasta entonces lo habia hecho (2). Creian los castellanos, con arreglo á las escasas y erradas ideas que en aquel tiempo se tenian en todas partes en materias económicas, que se podía remediar en algo la pobreza del reino con leyes represivas del lujo en los trajes y vestidos, y así se lo propusieron (3). En su virtud expidió el emperador una de esas pragmáticas que figuran en nuestras leyes sustantivas, y de cuya inutilidad para la represion del lujo nunca acababan de convencerse ni los monarcas ni los pueblos. Mandábase en ella, que ninguna persona, de cualquier clase ó condicion que fuese, «pudiera traer por guarnicion mas de una faja de seda

de hasta cuatro dedos de ancho, ó dos ó tres ribetones que sean de otra tanta seda como la dicha faja, ó un passamano de seda sin faja. —Ansi mesmo que no se pueda cortar ni acuchillar una seda sobre otra, si no fuere el enforro de tafetan que no sea doble.—Otro si que no se pueda cortar ninguna seda sino en mangas y cuerpos, y no en faldamento ninguno: pero permitimos que se puedan traer ropas aforradas de otra seda, con que no se corte una sobre otra mas de como está dicho.—Otro si que no se pueda traer recamo, trenza, ni cordón, ni franja, ni passamano, ni ninguna otra cosa de hilo de oro, ni de plata, ni de seda, ni pespunte, ni colchado ninguno, sino el que fuere menester para la costura de la faja; y esto se entienda que sea de seda solamente; y los jubones se pueden ansi mesmo pespuntar, con que el pespunte no haga labores, etc. (4).»

Por lo demás, la situacion económica del reino, en medio de todo su engrandecimiento exterior, y no obstante las remesas de oro y plata que se recibian de las Indias, tenia bastante mas de desconsoladora que de halagüeña. Los gastos excedian en mucho á las rentas, y cada año se iban empeñando y consumiendo las de los años sucesivos; de lo cual no permiten dudar los documentos auténticos que hemos visto en nuestros archivos, y de alguno de los cuales hemos sacado las copias que bastan á servirnos de comprobantes.

Convocó tambien Carlos V y congregó aquel mismo año las córtes generales de los tres reinos de Aragon, Cataluña y Valencia en Monzon, para pedirles subsidios. Nada expresa mejor los enormes gastos que el emperador habia hecho y los apuros pecuniarios en que se veía, que su mismo discurso en la sesion de apertura de estas córtes (13 de agosto, 1537). Despues de la acostumbrada relacion de sus expediciones y campañas que le servia de exordio, ponderaba los excesivos gastos que le habian ocasionado, y decia: «Y mis rentas reales no han sido bastantes, ni la ayuda y servicios que me hicieron los reinos de Nápoles y Sicilia, ni los de Castilla y los de esta corona, ni el subsidio eclesiástico, ni otras muchas cosas de que me he valido; pues sin embargo de todo esto, ando siempre envuelto en cambios y asientos, de los cuales corren grandes intereses, y para pagarlos necesito de considerables sumas.... Y así dareis orden en ayudarme y socorrerme con la mayor cantidad, y en el tiempo mas breve que podiereis...» Por esta vez aquellos reinos quisieron ser condescendientes y aun generosos, y Aragon le sirvió con doscientas mil libras jaquesas, Valencia con cien mil y Cataluña con trescientas mil (5).

¿Qué servia esto para las necesidades que se habia creado el emperador? Al ejército se le debian las pagas de muchos meses, y estando S. M. en Aguas-Muertas despues de la paz de Niza (1538), las tropas españolas de Lombardia perdieron la paciencia, se sublevaron, y creyéndose autorizadas á tomar por la fuerza lo que no se les daba de justicia, se entregaron desenfundadamente al robo, y ellas de propia autoridad imponian contribuciones, con pena de la vida al que no pagara pronto la cuota. ¿Qué hicieron el emperador y el marqués del Vasto para apagar la sediccion y satisfacer las justas y enérgicas reclamaciones de los milaneses? Pagar á los disidentes ciento veinte mil ducados, no del servicio de las córtes de Monzon, sino sacados por repartimiento á los pueblos de Lombardia. Milan se hubiera perdido si en aquella sazón tuviera quien le diese la mano. Hubo que reformar aquel ejército y distribuir las compañías, enviando unas á Génova y otras á Hungría.

Al mismo tiempo y por la propia causa se amotinó la guarnicion de la Goleta, en términos que el gobernador don Bernardino de Mendoza se vió precisado á trasladarla á Sicilia, asegurándoles que allí les pagaría el virey. Mas como esto no sucediese, volvíronse á alterar y se entregaron al saqueo poniendo en el mayor peligro la isla. Aquí el virey Gonzaga procedió con mas rigor que el del Vasto en Milan. Habiendo sido presos en Mesina veinticinco de los amotinados, una ma-

(1) Cartas del emperador de 22 de octubre (1535) desde Messina: en Dormer, *Anales de Aragon*, cap. 77.

(2) Cuaderno de las córtes de Valladolid de 1537, impreso en Medina del Campo en 1545, Peticion 1.^a

(3) Peticion 14.^a

(4) Pragmática de Carlos V en Valladolid, á 29 de junio de 1537.

(5) Dormer, *Anales de Aragon*, cap. 84.—Ni Sandoval, ni Robertson hacen mencion de estas córtes.